

A las puertas de nadie

Seudónimo. Anatema

Cruje una estrella.
La noche de estos versos
tiembla de frío.
Sobre la piel del agua, Santiago Gómez Valverde

La cantidad de personas sin hogar en España ha crecido un 24,5% en 10 años.
INE, 2023

Se le llena la boca de tierra húmeda, y de tristura, y le germinan en el vientre unas florecillas blancas, minúsculas, como un jazminero endeble que se le aferra a las tripas. Trae en la comisura del labio un bigote fino de roña y los percherones relinchan cuando intuyen su presencia; su existencia de caserón abatido por la humedad enoja a las bestias. Pretende el amparo de un dios menesteroso, de boletos de lotería y quincalla retorcida, desde el escupitajo de escamas que es su propia sombra, echándose a las ramblas por donde se espanta la lluvia y acaba por tropezar con la urdimbre de sus tobillos.

Fario de maderos carcomidos, de literatos humillados por la lumbre que prende alimentada por su obra, capitonea las borracheras en el bar. El camarero chasquea la lengua, da palmadas y berrea, se tapa la nariz y se asquea de tocarle la camisa enrobinada por el sudor cuando lo echa a la calle por importunar a la clientela.

Grabó sus iniciales en la pared de yeso de una celda y en la médula de un cuerpo desnudo, que era un pájaro que huía de la helor y una ringlera de hormigas que devoraban su entrepierna. En la cárcel aprendió a escribir a máquina. Debajo de una cama de burdel amarillean las cartas que remitió a una prostituta de pubis indolente, a la que juró ir a buscar a lomos de una *Vespa* y cuyo nombre no recuerda; las promesas son migajas de pan en las perneras.

Un rimero de huesos y pellejo amarrado con cordel de esparto a una farola mueve el rabo cuando lo olfatea, a cada cual más consumido y necesitado de sustento, comidos ambos por las liendres, aulladores en verso de carromato y beneficencia. Pasean atildados de agua de colonia y hueso de vaca vieja cuando el proscenio de las callejuelas se viste de

urdidores y proxenetes, alcanzan la bocana del puerto sin pretenderlo, como tablones a la deriva, y se admiran de las maravillas que acontecen en poniente mientras se lloran el uno al otro y se lamen las heridas.

En cuchitriles de loza quebrada y verruga de sapo medran los alfeñiques del mañana, señoritos de churretón en la camisa y faldón entremetido en el pantalón de chándal, que pagan a plazos la lavadora con *bluetooth* y esnifan la molienda de su mañana.

Ay, les delatan sus pisadas, la pobreza es una huella indeleble.

A veces se amorra a un tetrabrik de vino y se postula como sacrificio en una pira de derrota y mansedumbre, se palpa un quiste de sebo en el cuello y derrama una lágrima por un mellizo muerto. Hay días en que no habla una palabra, y tardes en que suelta la lengua y se caga en un ministro que lleva quince años enterrado en la capilla de un cortijo o canta por bulerías ante unos críos que le sueltan dos monedas o dos hostias según les convenga.

Y se recuerda de niño, comulgando, y saltando la cerca del melonar, y más tarde ojeando revistas holandesas de destape que le regaló un primo segundo que hizo el servicio militar en Chafarinas, también bebiendo anisete y vomitando hasta las entrañas en una verbena donde todo olía a un revuelto de gladiolo y orines.

La vida es un charco de meado en el que flotan pétalos de flor. La vida es un remedo de lo que soñamos en el útero de nuestra madre.

La muerte es un guiño, un estertor de marioneta, un errático coágulo que coloniza una arteria, la triquiñuela de un prestidigitador incapacitado por la artrosis. La muerte es un espejo falto de azogue.

Conserva una fotografía de su padre, jaspeada de manchitas, como los puntos sobre las íes o las cagadas de las moscas. Es un joven espigado, vestido de domingo y de esperanza, que se guarda una mano en el bolsillo y le sostiene la mirada a la cámara con ese marchamo de combatiente invicto contra las tapias, de pellizcos en las carnes bajo las faldas, diluido más tarde en aguardiente de orujo y carretilla de obra. Besa la efigie en la víspera de Todos los Santos, como a la estampita de un mártir, y le reza un *pater noster* porque de otras invocaciones no sabe.

Una noche se arañó las muñecas con un cortaúñas tratando de abrirle vereda a la sangre, de apartarse de la luminaria de su infamia, y le vinieron las ganas de acodarse en la barra

de una taberna. Anudó un pañuelo sucio en torno a la bravata de su inconsciencia y subió la cuesta, dejando tras sus pasos un rastro de topes bermejos salpicando los adoquines. Biografía paupérrima escrita en la piedra.

Y ahora tiene miedo de la oscuridad y de dormir y no despertar, y de dormir y despertar, y de todo lo que lee en los ojos de una niña que se columpia en el parque.

Le aterran los truenos cobijado entre cartones y el chillido hambriento de las ratas, lo que no entiende de las matemáticas. Teme a su reflejo y al rencor que le sobreviene cuando se emborracha.

Se pregunta a qué sabe el algodón de azúcar y si está bien dicho *haiga*, y por qué nadie le devuelve los buenos días. Le duelen las rodillas. Atesora una colección de colillas en una caja de hojalata por si algún día la desdicha cotiza al alza.

Y se hurga en el pantalón pensando en Grace Kelly sin llegar a terminar nunca.

Le duele una muela y una región inconcreta del alma.

Le duelen los saludos rehusados, que colman su garganta y le lastran.

Se le llena la boca de tierra húmeda, y de tristura, y tiene la sensación de hallarse a las puertas de nadie.